

LA BIBLIOTECA PASTORAL

CONSEJOS PRÁCTICOS SOBRE SU IMPORTANCIA, FORMACIÓN, ORGANIZACIÓN Y UTILIZACIÓN

INTRODUCCIÓN

«En el principio creó Dios los cielos y la Tierra...y dijo Dios, sea la luz» (Gen. 1:1,3)

La historia del hombre, a partir del mismísimo instante en que Dios, en su soberana voluntad, decidió en los tiempos eternos el momento de la creación del mundo, se sustenta en el arco de la comunicación, que, a su vez, se apoya sobre sus dos pilares fundamentales: la palabra y la escritura.

La historia de la comunicación da comienzo con la Palabra:

El Verbo, por cuya voz y mandato, en el principio, todas las cosas fueron hechas. (Jn. 1:3)

Sigue con la revelación oral: El Creador se comunica con su creación. Dios habla y manda hablar. Habla con el hombre para transmitirle su voluntad, su complacencia o desagrado, y para que éste, a su vez, transmita a otros el mensaje. Adán, Noé y los Patriarcas. (Gen. 2:16;4:9;6:13. Ex 3:14).

Y continua y acaba con la revelación escrita: Dios escribe y manda escribir. Moisés y los profetas. (Ex. 24:4,7,12; 31:18; 34:27).

A partir de aquí, la relación entre Dios y el hombre se mueve dentro de un contexto de libros y bibliotecas. Desde el “libro del pacto” de Ex. 24:7 hasta el “libro de la vida” de Ap. 22:19, las citas bíblicas en las que Dios manda escribir, las referencias a los libros y a las bibliotecas como conjuntos de libros, se cuentan en la Biblia por cientos. Hasta el punto que uno de los mensajes más conocidos y famosos de mi padre, el Dr. Samuel Vila, publicado en su conocido libro «Sermones Escogidos» se titula precisamente “La Biblioteca del Cielo”.

Todos sabemos que el término Biblia y biblioteca comparten el mismo origen en su raíz griega: “biblion”. De modo que la revelación divina ha llegado hasta nosotros en forma de una pequeña biblioteca o conjunto de libros en los que Dios, mediante su inspiración a los escritores sagrados, ha materializado su mensaje para el hombre.

Por tanto, la función y la importancia que los libros y sus conjuntos, conocidos como bibliotecas, han jugado en la relación entre Dios y el hombre está fuera de toda duda. Lo que debería llevarnos a meditar muy seriamente sobre ¿cuál ha de ser la importancia que nosotros, como comunicadores de esta revelación, debemos darle a este tema si queremos ser consecuentes con el patrón que el propio Dios ha trazado desde el principio?

Con este propósito trataremos de contestar a tres preguntas básicas que utilizaremos como armazón de nuestro estudio:

1. ¿Que es una biblioteca?

2. ¿Como formar una biblioteca?

3. ¿Como usar una biblioteca?

1

¿QUÉ ES UNA BIBLIOTECA?

El sabio Job, en un arrebato de inspiración divina exclamó:

¡Quién me diese ahora que mis palabras fuesen escritas!! ¡Quién diese que se escribieran en un libro! ¡Que con cincel de hierro y con plomo fuesen en piedra esculpidas para siempre!

Tenemos que agradecer a Dios que el deseo de Job tuviera su cumplimiento ya que de lo contrario, si sus palabras no se hubiesen escrito y coleccionado en un libro, su historia y la enseñanza que ella nos da jamás hubiera llegado a nosotros.

La existencia del hombre en su relación con los demás, su capacidad para aprender del pasado, de progresar en su presente y de legar enseñanza al futuro, como decíamos, dependen y descansan sobre su capacidad de comunicación. Y ésta sobre su capacidad de hablar y especialmente de escribir. Homero ha resistido el paso del tiempo y la erosión de los siglos más que escultor Apeleas. Y Horacio estaba convencido de haber erigido con sus versos un monumento más perdurable que el bronce. Tal es el indiscutible poder de pervivencia de la palabra escrita. No es de extrañar, por tanto, que el hombre, desde las épocas más remotas, en los orígenes mismos de la escritura, viera la necesidad de coleccionar y preservar sus escritos como fuente de sabiduría para el presente y testimonio para el futuro. Así nacieron las primeras bibliotecas.

Pese a su definición etimológica, del griego: *biblion* = libro *theke* = armario o caja, una verdadera biblioteca no es un simple armario, ni tan siquiera un edificio para guardar libros. Es mucho más que esto. Schopenhauer la calificó figurativamente como «la memoria segura y permanente de la humanidad». Y el biblioteconomista español Manuel Carrión, más práctico y concreto, la define como: «una colección de libros debidamente organizada y catalogada para su uso y destinada a transmitir conocimientos.»

a) Origen e historia de las bibliotecas.

En este sentido y forma, la historia de las bibliotecas nos transporta, en el tiempo, a Babilonia y Asiria. Tenemos constancia de que en la época de los reyes Salmanasar I y Asurbanipal, ya se guardaban, debidamente ordenadas, 22.000 tablillas de barro cocido escritas con hechos y datos. Y creo que aquí, es importante señalar que, estas primitivas bibliotecas, se hallaban precisamente en los templos y a cargo de los sacerdotes, por considerar que, en estos, se hallaba la mayor sabiduría para atesorar y preservar los conocimientos. ¿No tendría esto que enseñarnos una importante lección?

La primera noticia que tenemos en la Biblia sobre una «biblioteca» como tal, la hallamos en Esd. 6:1, donde se hace referencia a «la casa de los libros». Aunque en este caso no se refiere concretamente a Israel, sino a Babilonia, la tradición judaica de atesorar los escritos sagrados es aun mucho más antigua y se remonta al Arca del Pacto donde, por mandato divino, se guardaron las Tablas de la Ley. La literatura hebrea, independiente del canon bíblico, es abundantísima. Y las escuelas y bibliotecas rabínicas cuentan entre las más famosas de la historia.

En Egipto, en las inmediaciones de Tebas se han descubierto dos sepulcros pertenecientes a «los bibliotecarios del Rey». Hubo bibliotecas junto a los templos de Karnak y Denderah, siendo muy famosa y conocida, por su valor histórico– arqueológico, la de Tell-el-Amarna. Se dice que los libros de Tot, de carácter religioso-científico, en tiempos de la conquista de Egipto por los griegos ascendían a 35.525.

Mención especial merece la famosa «Biblioteca de Alejandría» creada por los Ptolomeos en el 300 A.C. para recopilar y atesorar en ella todo la sabiduría y la ciencia de la antigüedad, llegando a tener 700.000 volúmenes. Clasificada por Calimaco de Cirene, fue destruida por Omar, conquistador musulmán de la ciudad en el 641, quien dijo: «Si estos escritos están conformes con el Corán, son inútiles, y si ocurre lo contrario, no deben tolerarse»; y ordeno distribuir los miles de papiros y manuscritos entre las 4.000 casas de baños de la ciudad donde sirvieron para calentar agua durante seis meses, perdiéndose así la mayor parte de la historia y conocimientos de los antiguos y sumiendo a la humanidad en un atraso de cuarenta siglos.

Entre los griegos hubo famosos coleccionistas de libros y bibliotecas privadas importantes: Pisístrato, Platón, Jenofonte, Eurípides y especialmente Aristóteles, a quien se atribuye uno de los primeros sistemas conocidos de clasificación y catalogación de los libros. Y en la ciudad de Pérgamo, citada en el Apocalipsis, gran productora de pergaminos o pieles preparadas para escribir en ellas, existía una biblioteca famosísima. Y en la también bíblica ciudad de Efeso, citada así mismo en el Apocalipsis, la famosísima «Biblioteca de Celso» todavía, en el día de hoy, levanta su impresionante fachada para admiración de los turistas.

En Roma las primeras bibliotecas públicas. «La Octaviana» y «La Palatina» se fundaron alrededor del año 30 A.C.

El cristianismo naciente, por tanto, se desarrollo alrededor de los libros, mediante bibliotecas en las iglesias. De tal forma, que el edicto de persecución de Diocleciano manda específicamente, no solo derribar las iglesias, sino quemar los libros allí guardados. En Cesarea, Eusebio, el famoso historiador de la Iglesia, regentaba ya en el Siglo III-IV una biblioteca con 30.000 volúmenes. San Agustín, consideraba su biblioteca como su posesión más valiosa y la legó a la iglesia de Hipona. Tanto los Padres Apostólicos como los Apologistas fueron grandes usuarios de las bibliotecas y prolíficos en su producción literaria: Clemente, Ignacio, Policarpo. Tertuliano. Sobre el Siglo III-IV, aparte de la de Constantinopla, existían importantes bibliotecas cristianas en Cesarea, Hipona y Antioquía.

Tras la caída del Imperio Romano, la invasión de los Bárbaros arrasó la mayor parte de las bibliotecas que se vieron, hasta la invención de la imprenta, confinadas, (y así afortunadamente preservadas), a los Monasterios. El monte Athos y Montecassino son algunos de los testimonios más evidentes aunque, para suerte nuestra, la lista es muchísimo más extensa.

Con el Renacimiento, la invención de la imprenta y la Reforma, la producción literaria alcanza un amplio desarrollo y las bibliotecas se multiplicaron. El laicismo, la secularización de los conventos y el deseo de instruir al pueblo, hizo que se fundaran ininidad de bibliotecas nacionales y públicas. La Nacional de París, la del Museo Británico, la Real de Berlín, la Nacional de Madrid y la del Congreso de los Estados Unidos, por citar algunas de las más importantes en nuestros días.

Pero lamentablemente, con la Reforma empezaron los problemas de la intolerancia para los libros religiosos. Los reformados destruyeron todos los códices y manuscritos de la Abadía de Cluny, diciendo, según Teodoro de Beza, que eran libros de misa. Los anabaptistas quemaron la biblioteca de Rodolfo Lange, compuesta de manuscritos griegos y latinos. Otras importantes, como la de Heidelberg, fueron totalmente arrasadas y destruidas. Por su parte, Roma, no se quedó atrás. El Concilio de Trento promulgó el famoso «Índice de libros prohibidos» y curso la orden de persecución y quema de todas las Biblias y libros protestantes, situación que, en algunos países de tradición católica, como en España, estuvo en vigor hasta hace pocos años. ¡Cuanta cultura, cuanta ciencia, cuanta enseñanza y sabiduría se ha perdido a través de la historia, pasto de las llamas, víctima de la ignorancia y del fanatismo, por no saber dar a los libros su justo y adecuado valor!

b) Importancia y necesidad de las bibliotecas pastorales.

Afortunadamente, los tiempos del fanatismo y el oscurantismo han quedado atrás. En nuestros días existen miles de bibliotecas públicas, esparcidas por ciudades y pueblos de todo mundo. Edificios repletos de estanterías con libros, que que son verdaderos faros de cultura, asequibles a todos los estratos sociales. Los títulos publicados en todos los idiomas se cuentan por millones. Entre ellos los libros cristianos por cientos de miles. Y los evangélicos, en español, ya van por varios miles.

Entre los cristianos, interés por los libros y la lectura como fuente de conocimiento y sabiduría es cada vez mayor. Pero queda aun mucho por hacer. Y prueba de ello es que si hoy en día se proclamara un nuevo edicto como el de Diocleciano, es posible que en muchas iglesias, desgraciadamente, los esbirros del emperador o dictador de turno no encontrarán ninguna biblioteca para poder quemar.

En lo que respecta a las bibliotecas pastorales, la situación es más alentadora. El reconocimiento por parte de los pastores de la importancia de los libros y el interés por disponer de una buena biblioteca va en aumento. Pese a que para muchos pastores en ciertos países el coste de algunos libros puede significar el sueldo de un mes, su esfuerzo en la adquisición de literatura es notable. En España, por ejemplo, los principales consumidores del extenso comentario de Matthew Henry son los pastores de la Iglesia Filadelfia, los gitanos. Y esto es importantísimo y esperanzador para el futuro de la Iglesia, si tenemos en cuenta, como dijo un gran pensador cristiano, que:

“La cultura de un hombre, su capacidad intelectual y su talento profesional, es tan limitada o puede llegar a ser tan profunda y extensa, como limitada o extensa sea la biblioteca que posea; si la mantiene debidamente organizada y sabe como usarla. La relación directa entre ambas cosas es incuestionable”

Ningún ser humano es capaz de almacenar en su mente todos y cada uno de los detalles necesarios para ejercer una profesión intelectual o analizar a fondo un tema determinado. El cerebro humano mantiene los rasgos básicos, el esqueleto de la información recibida durante el período de estudios. No obstante, para profundizar en el tema y actualizar los conocimientos adquiridos, tiene que recurrir a los libros. Por ello, todo profesional que se precie de su trabajo, forzosamente, tiene que disponer de una biblioteca. Cuanto más amplia mejor.

Esta máxima, aplicada al pastor, adquiere aún mayor dimensión. El oficio de pastor es, sin duda, el más polifacético y complejo de cuantos existen. Desde preparar un sermón hasta organizar un campamento de jóvenes; de alentar a los ancianos a disciplinar niños; de consolar a los enfermos hasta arbitrar en los conflictos matrimoniales. Debe tratar con toda clase de seres humanos: pobres, ricos; intelectuales, analfabetos; optimistas, depresivos. Y precisa saber de todo: de teología, de historia, de ciencia, de literatura, de geografía, de pedagogía, de sociología, de psicología. Pocos profesionales hay que se enfrenten a una labor tan diversa, y que se vean en la necesidad de contestar a preguntas tan dispares y se les exijan conocimientos tan variados, como a los pastores

¿Podemos pensar que algún hombre, por sólida que haya sido su formación o años de experiencia que acumule, pueda afrontar una labor tan amplia y prolija, sin la ayuda de una buena biblioteca que le proporcione información detallada sobre el tema preciso en el momento necesario?

Todos los grandes profesionales confían buena parte de su éxito en su biblioteca. Médicos, abogados, ingenieros, arquitectos; todos ellos estiman como prioridad básica mantener al día su biblioteca, principal soporte de su trabajo diario. Y la utilizan constantemente. Para consultar, para contrastar, para ampliar y para reforzar los conocimientos adquiridos. Para informarse de nuevas técnicas, nuevas leyes o nuevos descubrimientos. Para comparar unas teorías con otras y llegar de este modo a las mejores conclusiones. Si esto es así en las profesiones seculares: ¿Qué diremos del ministerio pastoral? ¿Acaso no precisa el pastor hacer lo mismo?

Pero una buena biblioteca profesional no es cosa fácil. La mayor parte de libros utilizados por los profesionales en el ejercicio de su trabajo son obras técnicas y especializadas, normalmente muy costosas y que no se encuentran, salvo casos excepcionales, en las bibliotecas públicas, cuyos fondos literarios son más bien de divulgación. En este caso, médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, tienen la opción de recurrir a las bibliotecas de sus respectivos Colegios o Asociaciones Profesionales. Pero... ¿qué ocurre con el pastor? Aunque unos pocos, por proximidad, tengan el recurso de acceder a la biblioteca de alguno de los pocos Seminarios que tenemos, la mayoría no cuenta con esta posibilidad. Y aun en este caso, por desgracia, las bibliotecas de muchos Seminarios y Escuelas Bíblicas son bastante limitadas y no pueden cubrir todas las tendencias y preferencias. E incluso en el caso de los que disponen de esta posibilidad y privilegio la distancia y disponibilidad es un inconveniente.

Por tanto, crear y mantener su propia biblioteca es, para el pastor, absolutamente indispensable. Mucho más indispensable que para cualquier otro profesional. La biblioteca pastoral no es una opción, no un capricho ni un lujo, es una necesidad; una herramienta de trabajo imprescindible para todo líder cristiano que, trazando rectamente la Palabra de Verdad, —como recomienda el apóstol—, aspire a sacar el mayor fruto posible de su

ministerio, para mayor provecho de aquellos a quienes instruye o pastorea y mayor gloria del Señor que le llamó y al cual sirve.

2

¿COMO FORMAR UNA BIBLIOTECA?

El apóstol Pablo, preso en las cárceles de Roma, escribe a su discípulo Timoteo pidiéndole:

«Trae, cuando vengas... los libros, y especialmente los pergaminos»

Sin entrar en una exégesis especulativa sobre cuales podían ser los libros que pedía; si contenían porciones del Antiguo Testamento, palabras de Cristo, comentarios judíos o escritos de filósofos griegos; lo cierto es que, –como dice Matthew Henry–, el anciano predicador no pedía simplemente “papel para escribir”. La concreción que hace, al distinguir entre libros: “ta biblia ” y pergaminos: “tas membranas ”, no deja lugar a dudas que el apóstol echaba de menos su «biblioteca». Tan rudimentaria y tan limitada, si se quiere, como para poder ser transportada en una bolsa e introducirla en una cárcel romana. Pero, a fin de cuentas, su biblioteca. Tanta era la importancia que tenía para el, que deseaba disponer de ella hasta en los últimos instantes de su vida terrenal. ¡Cuántos siervos de Dios a través de la historia, incluido mi propio padre, siguiendo el ejemplo de Pablo, han permanecido rodeados de su biblioteca hasta el último instante de su vida, separándose de ella tan solo para trasladarse a disfrutar de otra biblioteca infinitamente más amplia y mejor: la del cielo!

No hay duda de que, por muy modesta, simple y limitada que sea la Biblioteca de un pastor actual, siempre será mucho más extensa que aquella que con tanta vehemencia reclamaba el apóstol. Y no obstante, la consideraba, junto con el capote, su posesión más valiosa

a) El inicio de la «biblioteca pastoral».

¿Por donde empezar? Algunos dicen que la biblioteca de un hombre comienza con la primera cartilla que le compran para aprender a leer. Sin ir tan lejos, podemos preguntarnos: ¿donde empieza, propiamente, la «biblioteca del pastor»? Para situarla en punto determinado, diremos que: si ha estado en un Seminario, con los libros de texto del seminario; si es autodidacta, con los libros adquiridos para su programa de estudios; aunque lógicamente a éstos se sumen todos los que poseía con anterioridad. A partir de aquí, la progresión de ampliación de su biblioteca debe ser continuada e ininterrumpida durante toda su vida.

b) El emplazamiento de la «biblioteca pastoral».

Dejemos, no obstante, el terreno de lo ideal para descender al de lo práctico. Tenemos una colección de libros, más o menos modesta. ¿Qué hacemos con ella? ¿Dónde colocar la biblioteca?

Los “idealistas” nos dirán que, la biblioteca debe estar en una habitación totalmente dedicada a los libros. Un lugar amplio y bien iluminado, preferentemente con luz natural o en su defecto con buenos focos, en el que se pueda leer sin que se fatiguen los ojos. Con abundancia de estantes, que faciliten la clasificación de los libros y una mesa amplia, donde se puedan extender y consultar varios libros a la vez.

Sin embargo, como de costumbre, lo “real” queda muy lejos lo “ideal”. Salvo contadas excepciones, pocos son los pastores que disponen de una habitación extra para dedicarla exclusivamente a biblioteca. Lo más normal es que la biblioteca tenga que compartir espacio con el despacho pastoral y que, si la biblioteca pastoral es extensa, los libros tengan que estar repartidos en varias habitaciones de la casa. Una solución, si el pastor tiene despacho en su casa y despacho en la Iglesia, es repartir los libros entre ambos despachos. Aunque esto, a primera vista, pueda parecer un inconveniente, lo cierto es que si los libros están correctamente clasificados y el pastor desarrolla en ambos despachos funciones distintas, como puede ser la preparación de sermones en uno y consejería en otro, cabe la posibilidad de repartir las secciones de forma correspondiente. Aunque disponer de espacio abundante es una gran ventaja, su ausencia no es un obstáculo insalvable si se ve compensado a través de la organización adecuada.

c) La financiación de la biblioteca.

He aquí otro punto donde el ideal, en la mayoría de casos, se cruza de nuevo con lo real y posible. El pastor debería disponer de presupuesto suficiente para adquirir, con destino a su biblioteca, como mínimo, de uno a dos libros por semana. Aunque nos consta que algunos casos puntuales, en ciertos países, superan esta media, las estadísticas revelan, lamentablemente, que la mayoría queda muy por debajo.

El ideal está en que el pastor, al hacer el presupuestos de sus ingresos y gastos, dedique una parte de los mismos, –podríamos sugerir entre un 2% a un 3%–, a la adquisición de libros. Sabemos de algunos que se esfuerzan en aplicar este método. No obstante, por desgracia, a la hora de la verdad, siempre surgen imponderables y necesidades familiares imprevistas que acaban por comerse, sino del todo, al menos una buena parte del “presupuesto” destinado originalmente a la biblioteca.

Hay iglesias que han adoptado el recomendable sistema de dedicar una cantidad, en su presupuesto, como complemento del sueldo, directamente para la «biblioteca pastoral». Establecen un acuerdo con una librería cristiana de la localidad y le entregan un importe fijo mensual, que es abonado a una cuenta especial a favor del pastor para la adquisición de libros. Es un método que siempre da excelentes resultados.

Algunas congregaciones pequeñas, crean una «biblioteca de la Iglesia» que el pastor comparte con la membresía. Aunque el sistema es loable y presenta importantes ventajas económicas, –por el mayor uso que se da a los libros adquiridos–, no deja de tener sus inconvenientes. Muchos de los libros que necesita el pastor no son los más adecuados para la biblioteca de la iglesia. El pastor debe, sino leído, cuanto menos conocer bien los libros disponibles en la biblioteca de la iglesia. Ello le permitirá recomendar su lectura del modo más adecuado según cada caso: sean jóvenes, maestros de E.D. o personas con problemas. Pero hay muchas obras de teología, hermenéutica, comentarios, consejería pastoral, homilética y sermones, que el pastor debe poseer y tener a mano en su propia biblioteca.

Por desgracia, el pastor no alcanza normalmente el mismo nivel de ingresos que los demás profesionales y ello es una dificultad muy seria a la hora de comprar libros. Somos conscientes de que, en algunos países, el precio de los libros, en relación a los salarios pastorales, los convierten en poco menos que prohibitivos. Aunque hemos dado unas pocas sugerencias prácticas para aliviar el problema, lo cierto es que no tenemos ni existen fórmulas mágicas para solventar plenamente esta dificultad. La compra por cuotas o plazos y otras fórmulas posibles precisan de un enfoque y tratamiento a nivel local, en cada país, en cada iglesia, en cada librería y en cada caso en particular.

Pero no podemos dejar de recalcar, que la biblioteca pastoral no es un lujo, sino más bien una necesidad prioritaria si de verdad queremos que el pastor pueda ejercer su ministerio con efectividad. Esta es una realidad que a veces muchas congregaciones parecen ignorar y se hace necesario un llamamiento a las Iglesias y en especial a los Consejos de Iglesia para que tomen conciencia de ello.

d) La composición de la biblioteca.

¿Qué libros deben estar presentes en una «biblioteca pastoral»? Alguien ha dicho:

“El pastor tiene que tratar principalmente con personas; sus libros son, por tanto, un medio para un fin ”

Si esto es verdad, y creo que todos estaremos de acuerdo en que lo es, será de interés para el pastor todo aquello que hace más vital e inteligente el contacto con su congregación, bien sea que tal contacto se realice a nivel colectivo o individual, en el banco de la iglesia, en el despacho o en el hogar.

1. Libros seculares

Partiendo de esta premisa, concluiremos que no hay campo del conocimiento y del interés humano que el pastor no deba escudriñar en su lectura. Todo lo que interesa a su gente, todo lo que ocupa su pensamiento, todo lo que influye en su conducta, debe estar en su órbita de conocimiento y por tanto de lectura.

El pastor no debe nunca perder de vista que él no es el único que tiene acceso al oído, al corazón y a la mente de cada miembro de su Iglesia. Hay muchos competidores y por regla general mucho más atractivos y con mejores oportunidades.. La Televisión, la Radio, los Periódicos, las Revistas, el Cine...¡LA INTERNET!

La teoría del aislacionismo, la prohibición sectaria de cualquier lectura que no sea la Biblia o la solución adoptada por los Amys de apartarse de la civilización y vivir a la luz de un candil de aceite, tiene pocas probabilidades en el contexto de nuestra sociedad globalizada. Y no es probable que fuera tampoco lo que Jesús tenía en mente cuando exclamó en su oración al Padre: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal ^ (Jn. 17:15). La misión del pastor no consiste en prohibir, sino más bien en contrarrestar y encauzar adecuadamente.

Y para estar en posición de contrarrestar la influencia nociva del secularismo; de fabricar el antídoto necesario y apropiado a tanto veneno como la TV y otros informativos inculcan constantemente en la mente de los jóvenes; para conocer con exactitud que es lo que influye

en el pensamiento y en la conducta de sus ovejas; la lectura del pastor debe comenzar con el periódico de cada día y un par de revistas de información general, aunque este último aspecto esta ya muy cubierto por los “suplementos” dominicales de los periódicos. A partir de aquí, el campo se hace ilimitado.

Es evidente que estamos viviendo en un mundo de especialistas. Ya no puede hablarse de científicos, de médicos o de ingenieros en el sentido general del término. Cada rama de la ciencia ha crecido tanto que, el buen profesional, abarca únicamente algún aspecto especial de la profesión elegida. El pobre pastor, sin embargo, como apuntábamos antes, debe tener un conocimiento general de todos los aspectos científicos y sociales de nuestra era. Lo mismo ha de poder discutir con un joven universitario sobre ‘creacionismo vs. evolucionismo’ que resolver a una ancianita el problema de su pensión. Como decimos en España, «lo mismo ha de saber de freír una corbata que planchar un huevo.»

Para suplir esta necesidad, lo más recomendable es estar en posesión de una buena «Enciclopedia Temática», actualizada, que abarque todas las ramas del conocimiento, y un buen «Diccionario Enciclopédico» para complementarla. No voy a citar nombres pues la oferta en el mercado, es excelente, extensísima y a la medida de todos los bolsillos. Desde la famosa Espasa-Calpe y sus más de cien tomos a los Diccionarios Manuales, como el excelente de OCÉANO, pasando por la Enciclopedia Británica. A partir de ahí, el resto de obras seculares que deban incorporarse a una biblioteca pastoral dependerá de las preferencias de cada pastor y, por supuesto, de sus disponibilidades económicas. Si estas son limitadas, nuestro consejo es de no invertir excesivamente en literatura secular, puesto que si en un momento determinado precisa información más detallada y profunda sobre algún tema secular, siempre tiene el recurso de acudir a una biblioteca pública; en cambio, esa opción le será mucho más difícil, por no decir imposible en lo que se refiere a la literatura cristiana. Por ello, siempre es más conveniente y rentable para el pastor invertir en esta dirección.

2. Libros cristianos.

No hace falta decir que los libros cristianos han de ser el pivote central sobre el que debe girar toda biblioteca pastoral. El pastor, además de poseer mínimos conocimientos básicos sobre todas las materias, –a fin para poder intervenir en cualquier conversación o contestar someramente cualquier pregunta–, ante todo, debe ser un gran conocedor y un buen especialista en su materia: la ciencia de Dios y de su revelación al hombre - la teología.

Afortunadamente, la oferta de libros cristianos de teología, en castellano, empieza a ser lo suficientemente amplia como para poder formar una biblioteca pastoral en español que no tenga tanto que envidiar a las disponibles en otros idiomas, especialmente en inglés.

Ninguna editorial es poseedora de todos los mejores libros; ni existen libros buenos y malos, sino más o menos útiles, según las circunstancias. Para saber lo que hay disponible en cuanto a títulos concretos, es de mucha utilidad y les recomiendo consultar en Internet los catálogos de las distintas editoriales.

En una buena biblioteca pastoral no deben faltar:

(a) Versiones de la Biblia.

Además de su Biblia personal, el pastor debe disponer de cuantas versiones de la Biblia le sea posible, tanto en español como en otros idiomas, si los conoce. Es muy importante poder consultar las distintas traducciones para la correcta comprensión de un pasaje.

(b) Concordancias y Diccionarios.

Aunque la función de “concordancia” ha sido prácticamente sustituida por las versiones de la Biblia en software, que permiten búsquedas múltiples e ilimitadas, una buena concordancia impresa es necesaria. Recomendamos la recién publicada “Concordancia de Strong” y la Concordancia Completa de la Biblia Reina Valera de Sloan, publicada por CLIE porque, pese a estar basada en la Revisión 1909, sigue siendo la más completa y la más práctica al distinguir y separar los tiempos de los verbos, lo que facilita enormemente la búsqueda de textos.

Le siguen los Diccionarios Bíblicos, a ser posible más de uno, pues resulta muy conveniente el poder cruzar y comparar la información entre un diccionario y otro, que siempre resulta complementaria. El Nuevo Diccionario Bíblico de CLIE sigue siendo la obra más valiosa y apreciada en este campo.

(c) Textos interlineales y auxiliares para el estudio del Hebreo y Griego.

Como sabemos, la Biblia no fue escrita en español. En consecuencia, los auxiliares para la interpretación gramatical y el estudio de la Biblia en sus lenguas originales, incluyendo los textos interlineales del Antiguo y del Nuevo Testamento son indispensables. En este sentido los interlineales hebreo del A.T. y griego del N.T. no pueden faltar en ninguna biblioteca pastoral, por modesta que sea.

Así mismo se hace indispensable que el pastor conozca el sentido y verdadero significado de las palabras en las lenguas originales. Para ello son indispensables los Diccionarios Teológicos y Expositivos de palabras, tanto del A.T. como del N.T. que CLIE viene editando.

Como complemento, si el pastor tiene conocimientos de griego y hebreo, aunque sean someros, añadiremos un Diccionario del Hebreo Bíblico, en este caso recomendamos el de Chávez editado por la Casa Bautista CBP así como gramáticas griegas y hebreas adecuadas a los conocimientos que se tengan. Añadiremos las Concordancias de Preposiciones Griegas del N.T.. Entre todas ellas, (CLIE tiene tres) la de Petters, resulta especialmente útil a todos aquellos que no conocen griego, al tener los equivalentes en español.

(d) Libros de teología.

Lugar prominente deben ocupar los libros de doctrina y teología. Muchos pastores se olvidan de la teología desde el mismo momento en que abandonan el seminario, lo cual es un grave error y conlleva una predicación carente de substancia y de contenido doctrinal. Un par de buenas Teologías Sistemáticas, y una sección bien nutrida de libros de Teología Dogmática: Cristologías, Soteriologías, Escatologías, libros sobre la Inspiración de la Biblia, sobre el Espíritu Santo y otras grandes doctrinas de nuestra fe, son material indispensable. El Curso de Formación Teológica Evangélica de CLIE (13 volúmenes) es fundamental. El reciente Nuevo Diccionario de Teología de Francisco Lacueva es otra joya que no puede permanecer ausente de ninguna biblioteca pastoral.

(e) Libros de hermenéutica.

Si bien es cierto que el pastor precisa de una sólida formación teológica, no debemos olvidar que su responsabilidad primordial es la predicación y la enseñanza de la Palabra de Dios. Ello implica que, por encima de todo, debe ser un buen expositor. Por esta razón, un buen surtido de libros de hermenéutica es vital: Ha de conocer los principios y normas de interpretación bíblica. En este sentido, la *Hermenéutica Bíblica* de Martínez es “el libro” puesto que no hay mejor ni tan siquiera en inglés. También son necesarios algunos auxiliares de interpretación como el *Diccionario de Figuras de Dicción* de Bullinger/Lacueva o el *Diccionario de Dificultades y Aparentes Contradicciones Bíblicas* de Haley-Escuain.

(f) Comentarios bíblicos.

Son la «despensa» del pastor. Esta expresión la escuché de un anciano y elocuente predicador americano que se quejaba de la excesiva tendencia de los predicadores actuales a echar mano de lo que él llamaba “TV Dinners”, las comidas preparadas, -que es como calificaba los libros de sermones y bosquejos- dejando a un lado el buen arte culinario consistente en elaborar el sermón partiendo de la materia prima básica, esto es, de buenos comentarios.

Es preciso adquirir y disponer un buen surtido de comentarios tanto exegéticos como expositivos y devocionales, del A.T. y del N.T., teniendo en cuenta que la mayor parte de la predicación se centra en el N.T. La oferta es, afortunadamente muy amplia en todas las editoriales evangélicas. Aparte del Matthew Henry, que no puede estar ausente de ninguna biblioteca pastoral, me limitare a dar dos consejos:

(1) En primer lugar, asegurarse bien de la solidez del autor. En una época en que la crítica destructiva sobre el A.T. y la desmitificación del N.T. arremeten prácticamente contra todo, el predicador que desea permanecer fiel la Palabra de Dios, tiene que actuar con suma cautela en la elección de sus comentarios. En este sentido, los clásicos como Matthew Henry, William MacDonald, Hendriksen, Moule, Jamieson-Fausset-Brown, Beacon, Barclay, Harrison, están fuera de toda sospecha. Una mención especial merecen los tomos de *Imágenes Verbales del N.T.* de Robertson (6 volúmenes) que son un comentario completo de análisis al texto griego del NT.

(2) En segundo lugar, nunca juzgar un comentario por su tamaño. A veces, un librito de menos de 100 páginas puede contener un par de ideas que valen diez veces su coste.

(g) Historia y geografía.

(1) Historia. Los libros de historia es conveniente separarlos por períodos o épocas Empezando por la historia antigua, el período inter-testamentario, tiempos de Cristo, Iglesia primitiva y Reforma. En lo que respecta a historia de Israel son indispensables las obras de Flavio Josefo *Antigüedades y Guerras de los Judíos* (5 volúmenes en versión completa editada por CLIE); sobre las costumbres del pueblo judío no pueden faltar en ninguna biblioteca pastoral los libros de Alfred Edersheim, especialmente *La Vida y los Tiempos de Jesús el Mesías* y el *Comentario Histórico al A.T.* Entrando ya en la historia de la Iglesia, es indispensable la *Enciclopedia de Historia de la Iglesia*, muy útil por su carácter general y porque su estructura como diccionario permite hallar información sobre cualquier personaje, lugar, doctrina etc. Un par de libros sobre la historia de la Iglesia primitiva: recomendamos la de Eusebio de Cesarea y la de Backhouse & Tylor. El *Libro de los Mártires* de Fox, y un par o tres de buenas historias de la Reforma, como las de Fisher o Lindsay. Esto es lo

básico. A partir de ahí hay muchos libros sobre períodos y temas puntuales que pueden ser muy útiles como complemento: historias de la inquisición, historias de denominaciones etc.

(2) Patrística. No pueden estar ausentes de una buena biblioteca pastoral los escritos de los Padres Apostólicos. recomendamos consultar en esta área la nueva colección publicada por CLIE de «GRANDES AUTORES DE LA FE CRISTIANA», que abarca lo mejor de los grandes escritores cristianos desde la Iglesia Primitiva hasta principios del Siglo XX.

(3) Geografía. Atlas de la Biblia. El Atlas Bíblico Portavoz de Tim Dowley de Editorial Portavoz, el Nuevo Atlas Bíblico de Editorial UNILIT, el Atlas Histórico Westminster de la Biblia y la Geografía Bíblica ambos de la Casa Bautista de Publicaciones.

(h) Homilética y oratoria, sermones y bosquejos.

Hay que dividirlos en tres grupos: libros de homilética y oratoria; auxiliares para la preparación de sermones; y libros propiamente de sermones y bosquejos.

(1) Homilética y oratoria. Independientemente del Manual de Homilética de Samuel Vila, que no necesita ni presentación ni recomendación porque ha estado en manos de todos los pastores evangélicos de habla española de las últimas tres generaciones, recomendamos Hacia Una Predicación Comunicativa del Dr. Rubén Gil, lo mejor que se ha publicado sobre oratoria en el púlpito. Por su carácter histórico no debe faltar en la biblioteca Historia de la Predicación Cristiana de Garvie, un estudio completo del desarrollo de la predicación a través de los siglos. A partir de ahí, los libros de homilética que hay en el mercado son abundantes y su selección es a gusto del consumidor.

(2) Auxiliares para la preparación de sermones. Obras de referencia muy útiles y necesarias. El Diccionario Etimológico de Sinónimos de S. Vila es extremadamente útil para buscar en él la etimología de la palabra clave de un sermón y explicarla a los oyentes, permitiendo así que los oyentes entiendan mucho mejor el sentido de la idea. Los dos volúmenes de la Enciclopedia de Anécdotas de S. Vila, la Enciclopedia de Citas y la Antología de la Poesía Cristiana. Una anécdota, una frase célebre adecuada o unos versos de poesía sobre el tema son el broche necesario de un buen sermón

(3) Libros de sermones y bosquejos. Son muchos y buenos los que hay en casi todas las editoriales, por lo que no mencionaremos a ninguno en particular. Como excepción de esta norma, y por su carácter único, quiero citar solamente el Comentario Homilético de la Biblia de J. Smith (13 volúmenes) disponibles ahora en versión de software para computadora. Contiene bosquejos y estudios bíblicos sobre los pasajes y versículos más importantes de toda la Biblia: tópicos, expositivos; devocionales; una obra monumental y utilísima sobre la que encontrará más información en nuestra sección de software. ¡El sueño de un pastor!

Los libros de «sermones y bosquejos» son necesarios pero, como hemos dicho antes, no conviene abusar de ellos. Antes bien recomendamos invertir en buenos comentarios y auxiliares para la predicación: que sirvan para crear “cocina propia”.

(i) Libros de pastoral y consejería.

Es una de las secciones más importantes de la biblioteca, en especial por la ayuda práctica que prestan. Libros sobre liderazgo, métodos de estudio y de trabajo, ética,

psicología. La misión más importante del pastor después de la evangelización y la predicación expositiva de la Palabra es atender a sus ovejas en sus problemas y dificultades. Afortunadamente la oferta de libros de pastoral y consejería es abundante y buena. Dos libros básicos e indispensables son Esa Voz Interior, Manuel del Consejero Cristiano de Adams y Como Aconsejar en Situaciones de Crisis de Norman Wright. Pero la selección es muy amplia y aconsejamos invertir todo lo que se pueda en esta sección. Vale la pena.

(j) Eclesiología.

Seguimos con los libros de sobre el concepto de Iglesia, su organización y crecimiento. Estrategias de iglecrecimiento, evangelismo, avivamientos, mayordomía y en general todo lo que tenga que ver con la organización, crecimiento y gobierno de la Iglesia. Hay buen material disponible al respecto. Recomendamos los libros del autor alemán Christian Schwartz sobre ministerio e iglecrecimiento y la serie Ekklesia del teólogo suizo Alfred Kuen, especialmente su libro base Introducción a la Eclesiología.

(k) Ministerios cristianos.

A continuación podemos colocar los libros sobre Ministerios Cristianos: Formación de Nuevos Creyentes, Discipulado, Cuadernos de Estudios Bíblicos; Escuela Dominical, Jóvenes, Música, Poesía, Organización de Fiestas; Campamentos etc. Son actividades de la Iglesia sobre las que el pastor debe poseer material abundante.

(l) Sociedad y cristianismo.

Libros que presenten la posición cristiana ante los problemas de la sociedad actual: Bioética, Drogas, Homosexualidad, SIDA, Suicidio, Marginación. Problemas cotidianos de nuestra sociedad respecto a los que el pastor tiene que estar informado y saber como informar. Recomendamos la colección PENSAMIENTO CRISTIANO.

(m) Controversia.

Seguiremos con los de controversia. Libros contra el ateísmo; existencialismo; creacionismo vs. evolucionismo; ciencia y biblia; confesiones cristianas y no cristianas, sectas y ocultismo. La agresividad de las sectas es conocida de todos; visitan las casas de los miembros de nuestras iglesias con interpretaciones de pasajes de la Escritura que crean confusión en los creyentes. El pastor ha de estar informado y saber como contrarrestarlas. Recomendamos la Enciclopedia de Creencias, Religiones, Sectas y Ocultismo, publicada por CLIE, es lo más completo sobre el tema.

(n) Devocionales.

Finalmente, no porque sean los menos importantes, sino todo lo contrario, para "cerrar el círculo" con un broche de oro, colocaremos la literatura devocional y los libros sobre la oración y la vida cristiana. La lectura devocional y la oración, son la base y el medio para que el pastor mantenga, por si mismo, una vida cristiana sana y robusta capaz de influenciar a todos los que dependen de su ministerio. Es obligada para el pastor la lectura del mejor libro que se ha escrito con este propósito En Pos de lo Supremo de Oswald Chambers pensado y escrito especialmente para la hora devocional del pastor y que ningún pastor debería dejar de leer a diario para su alimento y fortalecimiento espiritual.

Hay otros muchos libros, como son los de testimonio, biografías, relatos y novelas que complementan la biblioteca del pastor. No los mencionamos como parte integrante de la misma porque no guardan una relación directa con la labor ministerial. No obstante, su

lectura, si se dispone de tiempo para ello, siempre es ejemplarizante y beneficiosa. Es conveniente que el pastor, cuanto menos, los conozca para poder recomendar su lectura a los miembros de la congregación.

3

¿COMO USAR UNA BIBLIOTECA?

En el libro del Deuteronomio, cap. 17, ver. 18 leemos estas palabras:

«...escribirá esta ley en un libro,...y lo tendrá consigo, y leerá en el todos los días de su vida ...»

Decíamos al principio que Dios habló y mandó hablar; escribió y mandó escribir. Pero hay más. De poco sirve la escritura, de poco aprovechan los libros, si no se usan. Si no se leen. Esta es la razón por la que Dios, además de hablar y escribir, manda también leer.

El objeto de los libros no esta en servir de decorado, ni telón de fondo para adornar un despacho, como se hace en las tiendas de muebles, en los teatros y en los programas de TV, donde escogen los libros en base al color y calidad de su encuadernación, solo para que hagan juego con el tinte del barniz.

Es cierto que, cuando entramos en un despacho o una sala de espera, las dimensiones y la calidad de las obras que haya en los estantes son, para su propietario, una buena “tarjeta de presentación”, tanto o más importante que los diplomas que haya en la pared. Pero esta buena impresión inicial desaparece muy pronto si, a los cinco minutos de conversación, nos damos cuenta, en base a sus conocimientos, que los libros están ahí, pero nunca se han abierto ni se han leído.

Recordemos la profecía contra Ariel, en el cap. 29 de Isaías, donde se nos habla de un libro sellado, que es primeramente entregado a un hombre que sabe leer con el mandato de leerlo, a lo que responde “No puedo porque esta sellado”. Luego, el mismo libro se entrega con el mismo requerimiento a un hombre iletrado, quien responde “No puedo porque no se leer”. Los libros de la «biblioteca pastoral» no pueden permanecer «sellados» para el pastor, sea o no hombre letrado. Si es hombre de gran preparación y profundos conocimientos, debe leer para contrastar sus conocimientos y ampliarlos. Si es un vocacional que se ha hecho a si mismo, debe leer para instruirse y aprender más.

La Biblia no dice nada de libros para ser “poseídos”. Nos dice que los libros deber ser abiertos y leídos Y aun va mucho más allá, nos habla de libros que deben ser “comidos”. Al profeta Ezequiel se le manda *«Come este rollo...alimenta tu vientre y llena tus entrañas»* Ez. 3:21-3. Al apóstol Juan el ángel le ordena: *«Toma el libro y cómetelo entero»* Ap. 10;10. Matthew Henry, comentando el pasaje de Ezequiel, interpreta que al profeta se le manda: “asimilar el contenido, imprimiendolo en su mente y en su corazón, de forma que su alma se nutra de el y sea fortalecida por el». A. T. Robertson comentando Apocalipsis nos dice: “El libro estaba ya abierto y no debía solamente ser leído en voz alta, sino digerido mentalmente por Juan”. Este es el verdadero uso de la «biblioteca pastoral»; sus libros no son un adorno decorativo, son para ser abiertos y leídos. Para ser estudiados. Para ser «comidos» y asimilados, pues contienen las vitaminas y los minerales necesarios e indispensables para una vida intelectual y espiritual sana, para una predicación eficaz y un ministerio efectivo.

a) Clasificación de la biblioteca.

Al comenzar citábamos la conocida frase que dice:

«La cultura de un hombre y su capacidad intelectual y profesional, son tan limitadas o pueden ser tan profundas y extensas, como limitada o extensa y diversa sea la biblioteca que posea; si la mantiene debidamente clasificada y sabe como usarla.»

Y quisiera, aquí, recalcar de manera especial el final de la frase: “si la mantiene debidamente clasificada y sabe como usarla”.

La segunda de las acciones creadoras de Dios, inmediata a la creación de cielos y tierra, fue precisamente la de poner las cosas en orden: ordenar el caos y organizar el cosmos. De lo contrario la Tierra seguiría aun «desordenada y vacía». De igual forma, la «biblioteca pastoral» pierde el 90% de su utilidad y efectividad, si no esta debidamente ordenada, clasificada y catalogada..

Adquirimos un libro y lo leemos; tiempo después recordamos que el mismo contiene información que nos sería útil para el trabajo que estamos realizando y nos interesa revisarlo. Pero...¿donde está?. Con suerte, y si nuestra biblioteca no es muy extensa, perderemos diez o quince minutos en localizarlo. Si tenemos la fortuna de poseer una biblioteca más o menos extensa, puede que perdamos media hora o algo peor, que no seamos capaces de encontrarlo.

Aunque la biblioteca de un joven pastor sea en principio limitada, es de esperar que poco a poco vaya creciendo. La mayoría de pastores ancianos que conozco poseen bibliotecas considerables. Llega un momento que resulta imposible mantener en la memoria qué libros poseemos y qué temas tratan. Podemos acordarnos de una docena de obras de referencia y comentarios principales, pero pasaremos por alto muchísimos libros que tratan el mismo tema que nos interesa y de los cuales podríamos sacar información muy valiosa. Para evitar esto, es necesario, clasificar y catalogar debidamente la biblioteca cuanto antes mejor y mantenerla ordenada constantemente.

No voy a extenderme aquí sobre los métodos y sistemas de clasificación y catalogación. Desde Aristóteles y Calimaco de Cirene hasta nuestros días se han inventado y desarrollado cientos de ellos y analizarlos requeriría una conferencia especial dedicada a ello.

Editorial CLIE ha desarrollado un sistema de Clasificación Temática Cristiana (CTC) desarrollado especialmente libros evangélicos, expandible desde una pequeña biblioteca a una gran biblioteca y sobre el que nos brindamos a facilitar información a todos aquellos pastores que nos lo soliciten contactando con nosotros. Para grandes bibliotecas está el sistema decimal «Dewey» (DDC) inventado por el bibliotecario Melvin Dewey, también conocido como (CDU- clasificación decimal universal) que es el más difundido y utilizado por la mayor parte de bibliotecas grandes. La ventaja del sistema (DDC) sobre el (CTC) esta en que el primero incluye todas las categorías de libros seculares, lo que permite incluir en la clasificación todos los libros que se tengan sean o no religiosos.

El sistema a elegir y utilizar para clasificar nuestra biblioteca pastoral, más simple o más complejo, dependerá mucho del tamaño de la misma y del uso que se le quiera dar. Probablemente, el tamaño reducido de la mayor parte de bibliotecas pastorales no haga necesario ni justifique la utilización de un sistema excesivamente complejo y el propietario prefiera desarrollar su propio sistema. Al respecto recomendamos la lectura del Cap. 12 del libro de Alfred Kuen Como Estudiar, publicado por CLIE donde se facilita un esquema simple pero muy completo para la clasificación de libros y documentos en una biblioteca pastoral. Nos limitaremos aquí a dar tres recomendaciones básicas y comunes a cualquier sistema:

1. Clasificar los libros en un orden lógico agrupándolos por temas y materias.
 2. Asignar a cada libro un numero de acuerdo con el tema del mismo y el lugar donde se encuentra en el estante.
 3. Confeccionar un fichero temático a través del cual, partiendo del asunto que nos interesa, sepamos donde se encuentran todos los libros que tratan sobre el mismo.
- Una biblioteca bien clasificada y catalogada es una prolongación ilimitada de la memoria y los conocimientos del pastor. Una biblioteca desorganizada no es más que el caos, un montón de libros que ocupan espacio sin prestar ninguna utilidad y que acaban por convertirse, como dice el autor de Eclesiastés en «aflicción de la carne».

b) La utilización de la biblioteca

El pastor no compra un libro para distraerse. No lee para llenar sus ratos de ocio. Como decíamos antes, el pastor invierte en libros y los lee porque los libros y la lectura son su fuente principal de conocimientos; el alimento indispensable para llevar a termino con eficacia su trabajo cotidiano. Por tal razón, la lectura del pastor debe ser mucho más cuidadosa y selectiva.

1. Adquisición y primer contacto con un libro nuevo.

El ideal, comentábamos anteriormente, es que el pastor debería adquirir un mínimo de entre uno y dos libros cada semana con destino a potenciar su biblioteca. Sería magnífico que tuviera tiempo para “comérselos”, leyéndolos exhaustivamente y con detalle. Sin embargo, hemos de ser realistas y admitir que, la mayoría de pastores, es poco probable dispongan de tiempo necesario para poder leer detenidamente los nuevos libros que adquieren. En este caso, hay que aplicar los métodos de lectura rápida y especialmente de inspección. La técnica del “sobre vuelo, que en realidad, debemos emplear también en la librería a la hora de examinar los libros para decidir si los compramos o no, si responden o no a nuestras preguntas y expectativas..

En muchos casos, no es necesaria la lectura de todo el libro, sino tan solo de pasajes que interesan específicamente. Debe iniciarse la lectura por el resumen temático que normalmente las editoriales imprimen en la contratapa. A continuación, se procede a la lectura del prólogo, prefacio o introducciones del autor y a un examen del índice. Se prosigue con una lectura superficial de subtítulos y de algunos párrafos, para hacerse una idea general del libro, marcando los puntos de interés. Posteriormente, puede procederse a una lectura más detallada de los pasajes señalados como importantes. Debemos marcar en el libro los puntos importantes y escribir con lápiz en la primera página el numero de las páginas donde hemos marcado asuntos importantes. La profundidad y el tiempo empleado

dependerá de la categoría e importancia del libro. Francis Bacon decía «Ciertos libros han de ser degustados, otros tragados, y algunos masticados y digeridos; hay libros que sólo hay necesidad de leer en parte, otros han de ser leídos rápidamente, y algunas pocas obras merecen ser leídas con cuidado y atención»

Realizada la lectura o el examen de “sobre vuelo”, según corresponda, redactaremos en la computadora una «ficha bibliográfica» y varias «fichas tópicas», una para cada “tópico” o tema principal que el libro trate y que consideremos importante y útil en un futuro.

En la «ficha bibliográfica» debe figurar el título del libro, el autor y la clave para poder localizarlo en la biblioteca y devolverlo luego a su sitio según el sistema de clasificación que se utilice; sirve para buscar y localizar el libro partiendo de su título.

En las «fichas tópicas», tantas para cada libro como sea necesario, de acuerdo con los temas importantes de que trate, anotaremos en la cabecera el «tópico o tema» y a continuación también el título del libro, el autor, la clave de localización y la página del libro donde trata sobre el tópico o tema escrito en la cabecera de la ficha. Puede completarse con un par de frases de opinión personal. Es necesario constatar que, de la clasificación tópica, se exceptúan los Diccionarios y otros libros de referencia cuya clasificación por este método se hace innecesaria debido a que ya de por sí nos dan ya los temas ordenados.

El archivo de «fichas tópicas» y « fichas bibliográficas» accesible alfabéticamente a través de la computadora nos permite saber que información podemos buscar y hallar en nuestra biblioteca sobre un libro, tema o autor determinado.

No hace falta decir que, hoy en día la computadora facilita enormemente el trabajo de clasificar y catalogar la biblioteca, así como de encontrar un libro sobre un tema determinado cuando lo necesitemos. Sin embargo, los que no dispongan personalmente de computadora no tienen porque desanimarse. Los ficheros manuales, dan más trabajo de confeccionar y consultar, pero, si están bien hechos ofrecen el mismo resultado.

2. Mantenimiento y posterior utilización.

Una vez catalogado el libro y confeccionadas las correspondientes fichas, –o entrados los datos en la computadora–, hay que colocar el libro en el lugar que le corresponde para su posterior localización y utilización. Para ello hay que colocar en el libro una etiqueta con el número o código que le corresponda según el sistema de clasificación que utilicemos. Si la biblioteca es relativamente pequeña quizás podamos obviar este requisito y codificar solamente las secciones. Pero lo mejor es que cada libro tenga su número de identificación para que sepamos donde buscarlo y donde devolverlo.

Cuando precisemos estudiar un tema determinado, examinaremos de principio la información que sobre el mismo podemos obtener en los diccionarios y obras de referencia, para tener una idea en conjunto de la cuestión. Tras comprobar si el material recopilado a través de las obras de referencia nos resulta suficiente o no para lo que deseamos, acudiremos al fichero de tópicos de nuestra biblioteca en la computadora y examinaremos las fichas de todos los libros que poseemos y que tratan sobre el tema en cuestión, separando las que juzguemos interesantes y buscando los correspondientes libros en la estantería..

Una vez examinados los libros y obtenida la información deseada, debemos ser muy cuidadosos en devolverlos, exactamente, al lugar donde estaban, de acuerdo con la clasificación que corresponda a cada uno. Esto es importantísimo, si queremos que el libro en cuestión siga siendo útil en el futuro. Un libro fuera de lugar es un libro perdido y por tanto inútil.

Las «fichas bibliográficas» resultan muy convenientes también cuando prestamos libros. Los pastores suelen prestar libros con mucha frecuencia, bien sea a un colega para estudiar un tema o a un miembro de su iglesia para ayudarlo a resolver un problema. Si al prestar el libro se tiene la precaución de anotar en la «ficha bibliográfica» el nombre de la persona a quien lo hemos prestado y la fecha, podemos evitar perderlo para siempre.

CONCLUSIÓN

Quisiera terminar citando las palabras que el profesor Cyril Barber, en la introducción de su libro «The Minister's Library» pone en boca de un anónimo conferenciante, dirigiéndose a los estudiantes de un Seminario en Estados Unidos, a quienes advierte:

«En base a mi experiencia, puedo decirles que el tiempo de permanencia de cualquier pastor al frente de una iglesia, con frecuencia, viene determinado por el tamaño de la biblioteca que el pastor en cuestión posea»

Aunque la frase, en principio, pueda parecer exagerada y la afirmación que contiene totalmente gratuita, creo que no es como para tomarla a la ligera, si tenemos en cuenta que el hombre que la pronunció era Superintendente de una de las denominaciones evangélicas más numerosas e importantes de Estados Unidos y que sus conclusiones sobre la existencia de una relación directa entre el tamaño de la biblioteca de un pastor y su tiempo de permanencia en el pastorado en una misma iglesia, la fundamenta, no tan solo en su experiencia personal, –tras haber visitado durante años a cientos de pastores por todo el país–, sino además, en el hecho de que los grandes hombres de Dios en el pasado, desde el Apóstol Pablo, pasando por Agustín de Hipona hasta C.H. Spurgeon, poseían extensas bibliotecas cuyo material, debidamente “destilado” a través de su estudio personal, pasaban a sus congregaciones.

En este particular, es preciso dejar muy claro que, ningún libro ni ninguna biblioteca del mundo, salvo la propia Palabra de Dios, puede actuar como sustituto del Espíritu Santo en la obra de iluminar al pastor e investirlo del Poder de lo Alto, necesario e indispensable para que su ministerio llegue a las almas. Pero no existe la menor duda de que una buena biblioteca y buen programa de lectura y estudio, llevado a cabo en oración, bajo la plena dirección del Espíritu, es un manantial de inspiración que ha enriquecido la labor de todos aquellos siervos de Dios cuyo ministerio ha sido objeto de mayor bendición a través de la historia.

Pensar que somos auto suficientes, que nos bastamos por nosotros mismos y que no necesitamos beber en las fuentes de lo que otros han dicho ni examinar como otros han interpretado la Palabra, más que una muestra de fidelidad, en el fondo es un acto de soberbia. Una desobediencia al mandato carísimo que encontramos en la Biblia de mutua comunicación y transmisión de la enseñanza.

Si Dios no hubiera dispuesto que se escribiera su Ley, para memoria, en un libro, y hubiera mandado leerlo todos los días de nuestra vida; si los profetas, y los evangelistas no hubieran escrito, no tendríamos Revelación. Afortunadamente, Dios habló y mandó hablar; escribió y mando escribir; y mandó también leer lo que se había escrito. Y este es un mandato y un proceso que se repite y se transmite de generación en generación a todos los que somos sus hijos.

Los hombres del pasado leyeron y escribieron para nuestra enseñanza y edificación. A nosotros toca el leer lo que ellos escribieron y escribir a nuestra vez, para la edificación de generaciones futuras. Y para ello la «biblioteca pastoral» es el elemento clave, como expresó al respecto, dirigiéndose a sus estudiantes, aquel reconocido pastor, inigualable predicador y gran maestro que fue C.H. Spurgeon, con cuyas palabras quiero terminar:

“Para poder convertirlos en expositores de la Palabra...necesitáis conocer y familiarizaros antes con los comentaristas...pues no creo que seáis tales lumbreras como para imaginar que podéis atreveros a la exposición de las Escrituras sin el auxilio de las obras que han escrito otros hombres de Dios, hombres estudiosos y consagrados, que se han dedicado antes que vosotros a la labor expositiva. Resulta chocante ver como algunos, que se jactan tanto sobre lo que el Espíritu Santo les revela a ellos, tengan en tan poca estima lo que el propio Espíritu ha tenido a bien revelar antes a otros»

La posesión y el buen uso de una «biblioteca pastoral» amplia, bien seleccionada, bien clasificada, bien dispuesta y bien catalogada es la mejor garantía de una predicación nutritiva para los oyentes y de un ministerio pastoral eficaz, útil y duradero.

Eliseo Vila Vila
Presidente de la Editorial CLIE